

La vida

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

Estanza: A lo lejos se oyen músicas marciales que se van apagando en la distancia. Es el ejército que marcha a la guerra. Pablo y Luis —jóvenes esposos de Lola y Paulina— marchan dentro de la columna. Ellas no pueden verlos ya pero hablan y suspiran por ellos.

Paulina—No llores más, hermana... Tenemos que ser fuertes...

Lola (abatida)—No puedo... Es superior a mis fuerzas...

Paulina—Es la parte que nos corresponde a nosotras mientras ellos luchan.

Lola—Estoy segura de que no resistiré...

Paulina (admonitoria)—No es eso lo que Luis espera de ti, ni lo que tú le prometiste.

Lola—Lo quiero con toda mi alma. ¿Cómo crees que pueda vivir sin él?

Paulina—¿Y es que te figuras que yo no quiero a Pablo?

Lola—No he dicho eso...

Paulina—Las dos estamos en una misma situación, Lola. También yo he sentido que se me arranca el corazón al despedirme de Pablo... Pero tú sabes lo que ellos esperan de nosotras... No solo tenemos que ser fieles a su recuerdo y a su fe, sino también reservarnos para su retorno.

Lola (mansamente)—Tienes razón... Tenemos que ser dignas de ellos.

Paulina—Sí. No lo olvides.

Lola—Será muy difícil...

Paulina—Lo se. Pero será más difícil la parte de ellos. Nosotras tenemos la misión de esperar. Pero ellos también la tienen y además tendrán que luchar...

Lola—Es dura la guerra...

Paulina—Dura y cruel.

Lola—¿Por qué tienen que hacer la guerra, Paulina? ¿Por qué nuestros maridos, que son buenos y aman su vida tienen que irse a matar a otros hombres que también la aman y nada les han hecho?

Paulina—Eso es lo que tú y yo no podemos entender... Más vale no pensar en ello.

Lola (rebelde)—¿Por qué no hemos de pensar? Es nuestra felicidad... Son nuestras vidas.

Paulina (gravemente)—Hay una cosa que se llama la patria, Lola.

Lola (amargamente)—¿La patria?...

Paulina—No es una vana palabra eso de la patria... Al contrario: la patria es todo lo que amamos, inclusive ellos mismos, nuestros maridos...

Lola—No entiendo...

Paulina—No quieres entender. Pero todo valdría menos en la vida, sin ella.

Lola—¿Por qué?

Paulina—Porque la patria es todo lo bueno reunido: el hombre amado, la tierra, la dignidad, el recuerdo de los muertos y la ilusión de los que han de nacer.

Lola (dulcemente)—Qué lindas palabras dices, hermana...

Paulina—Es que así siento yo la patria...

Lola—Así quisiera sentirla yo...

Paulina—Así mismo la sientes aunque no te hayas dado cuenta... Y por mucho que te duela la ausencia de Luis, estás orgullosa de que se haya marchado a la guerra.

Lola (convencida)—Sí. Estoy orgullosa.

Paulina—Me gusta oírtelo decir. Yo también estoy orgullosa de mi Pablo. Cuando los dos regresen, todos seremos aun más felices de lo que ya hemos sido.

Lola (con inquietud)—¿Y si no regresan?

Paulina—No hay que pensar en eso, Lola.

Lola—Es necesario pensar en todo. ¿Qué será de nosotras si llegan a faltarnos?

Paulina (aterrada)—¿Cállate!

Lola—¿Ves, hermana, cómo no estás tan segura?

Paulina—¿Segura de qué?

Lola—De que volverán sanos y salvos a nuestros brazos.

Paulina—¿Segura? Claro que no lo estoy. ¿Quién puede estar segura del regreso de los que van a la guerra?... Pero hay que esperar. Y esperar siempre lo mejor.

Lola—Eres admirable.

Paulina—No. Sencillamente estoy enamorada.

Lola—¿Y yo no?

Paulina—Tú también. Pero en el amor lo primero es la fe... Fe en el amor, en la vida, en el futuro. Y fe en Dios que todo lo dispone y gobierna.

Lola (con fe y esperanza)—Yo quiero tener esa clase de fe...

— II —

Estanza: Después del toque de silencio, la noche parece que fuera más profunda. El silencio y la sombra, dan una nueva dimensión al diálogo de los dos soldados.

Pablo (en voz baja)—Luis...

Luis (en voz baja)—Pablo...

Pablo—¿No tienes sueño?

Luis—No...

Pablo—Yo tampoco.

Luis—¿Estás cansado?

Pablo—¿De qué? Me gustaría estarlo... Así tal vez podría descansar cuando llega la noche y dan el toque de silencio...

Luis—Esta inacción lo desmoraliza a uno más que todo.

Pablo—¿Te gustaría que dieran la orden de entrar en combate?

Luis (sordamente)—Cualquier cosa antes que esta inacción desesperante. La incertidumbre es peor que todo.

Pablo—Tienes razón.

Luis—Hace dos semanas que nos tienen escondidos en este bosque... Ni siquiera podemos encender fuego... Somos como un ejército de topes rodeados de silencio.

Pablo—Pero ya han levantado la consigna de silencio. Si no, no hubiera sonado la corneta.

Luis—No había caído en cuenta de eso... ¿Crees que vayan a cambiar de táctica?

Pablo—Puede ser.

Luis—Ojalá dieran ahora mismo la orden de marcha.

Pablo—No me gustaría salir al encuentro del enemigo en medio de la oscuridad... ¿A ti sí?

Luis—A mí tampoco. Lo digo por decir... Pero sí quisiera que pasara algo.

Pablo—¿Qué?

Luis—Cualquier cosa.

Pablo—Será mejor que procuremos dormirnos.

Luis—Duérmete tú, si puedes. Yo no tengo sueño.

(Breve silencio. Luego:)

Pablo—Luis...

Luis—Pensé que te estabas durmiendo.

Pablo—No...

Luis—Llevamos quince días sin cartas...

Pablo—No es tiempo todavía.

Luis—No, todavía no. Pero se hacen tan largos los días...

Pablo—Daría cualquier cosa por saber qué está haciendo Paulina ahora...

Luis—¿Qué horas son?

Pablo—Las... Las diez y cinco minutos.

Luis—Estará dormida.

Pablo—Es temprano todavía... Ella siempre lee por las noches. Le gustan las novelas... A veces leíamos juntos. Pero ella dejó de leer para ambos la segunda vez en que me quedé dormido mientras la escuchaba.

Luis—Lola es tan distinta de Paulina...

Pablo—No parecen hermanas.

Luis—Pero se entienden muy bien... Es una suerte para nosotros que hayan quedado juntas.

Pablo—Sí, claro... es una suerte.

Luis—Puede que la guerra termine pronto.

Pablo—Quién sabe. Eso no lo saben sino los políticos.

Luis—Claro. Ellos que discuten tranquilamente, bien comidos y bien dormidos. Nosotros no somos más que la carne de cañón.

Pablo—No creas, compañero. Ellos también tienen preocupaciones. Y muy grandes... Sobre ellos recae la responsabilidad de toda la nación.

Luis—De todos modos, el tributo de sangre lo pagamos nosotros.

Pablo—Lo que importa es que salgamos vivos de toda esta aventura.

Luis—Dicen que la batalla decisiva se puede presentar de un momento a otro.

Pablo—Eso dicen...

Luis—¿Te da miedo morir?

Pablo—¿A quién no?

Luis—A uno le parece a veces que la muerte no es más que para los otros.

Pablo—Yo creo que eso es cuando no ha entrado todavía en combate.

Luis—Pero dicen también que en una gran batalla uno pierde el miedo de la muerte, y está como sonámbulo, como enloquecido, y solo piensa en matar.

Pablo—Yo creo que eso no lo pensaré nunca.

Luis—Dejemos que ocurra lo que Dios quiera.

Pablo—Sí... ¡Para qué hablar!

Luis—Durmámonos, compañero.

Pablo—Breguemos, por lo menos.

Estanza: A distancia se escuchan los acordes de una música marcial. Luego suena un largo toque de silencio. Lola solo habla cuando la corneta ha terminado.

Lola (en tono de suave reproche)—No puedo comprender cómo es que has estado ausente de la inauguración del monumento... La plaza estaba llena de soldados y de banderas... Los grandes oficiales vestían sus uniformes de parada... Había una gran solemnidad... Todos preguntaban por la viuda del héroe... Y tú, la viuda, precisamente tú, estabas ausente.

Paulina (sordamente)—¿Y te parece raro?

Lola—No puedo comprender por qué obraste de una manera tan extraña...

Paulina (elusiva)—¿Es hermoso el monumento?

Lola—Sí, muy hermoso... Verdaderamente impresionante.

Paulina—¿Se parece mucho a mi Pablo?

Lola—Se parece tanto que da susto mirarlo. El busto fue hecho por un célebre artista.

Paulina—¿Lleva casco guerrero en la cabeza?

Lola—Un casco redondo de soldado con su barboquejo caído... Lo que más impresiona son los ojos y la boca...

Paulina (extrañamente)—Los ojos... Sus ojos...

Lola—Todos se han extrañado de que no estuvieras presente.

Paulina—¿Todos?

Lola—Sí, todo el mundo... Todos nuestros amigos... Hasta hubo quien dijera que era un desaire tuyo a los altos dignatarios y a las autoridades militares.

Paulina—¿Eso dijeron?

Lola—El alcalde estuvo conversando con nuestro padre y lamentando tu ausencia.

Paulina—¿Y tú qué piensas?

Lola (vivamente)—Ya te lo he dicho. No puedo comprender por qué lo has hecho... Debieras estar dichosa con tantos honores. Al fin y al cabo eres la viuda de un héroe nacional.

Paulina (sordamente)—Todo eso lo se. Pero no estoy dichosa. No. Soy la viuda de un gran héroe...

Lola—¿Y no estás orgullosa de serlo?

Paulina (con ardor)—Infinitamente orgullosa. Ninguna mujer en el mundo puede estarlo más.

Lola (con entusiasmo)—Es una gloria para todos... Quiero decir, para toda nuestra familia ...

Paulina (con amargura)—Lo se. Lo comprendo mejor que tú...

Lola (escuetamente)—No entiendo entonces.

Paulina (con cierta aspereza)—Perdóname, Lola. Me doy mejor cuenta que tú. Se trata nada menos que de mi marido... Del hombre a quien he amado y amaré toda mi vida, aunque ya esté muerto. ¿Quieres que te haga una confesión terrible?

Lola (extrañada)—Habla. ¿Qué vas a decirme?

Paulina (apasionadamente)—Tengo envidia de ti.

Lola—¿De mí? ¿Qué quieres decir?

Paulina—Tú puedes ser todavía feliz.

Lola—Tu marido pertenece a la gloria... Es un prócer de la patria... No todas las mujeres podrán decir lo mismo.

Paulina—No, todo lo contrario. Muy pocas.

Lola—¿Entonces?

Paulina—Tú tienes un marido vivo... Un oscuro marido... Uno que fue soldado y pasó anónimamente por las filas...

Lola (resentida)—¿Por qué tienes que repetírmelo?

Paulina—Porque eres feliz... Tu marido es un hombre cualquiera... Pero el mío... El mío es menos que eso. Lola. Es una estatua... Un pedazo de bronce inmóvil y helado... El tuyo está vivo y te quiere y arde en pasión cuando tú le besas... ¿Comprendes ahora por qué no quiero ver ese monumento? ¿Qué me importa su gloria si ya no le tendré más?